AÑO IX.
- Nº 411

EL DIA

MONTEVIDEO,
NOVIEMBRE 24 DE 1940



BARRANCAS MARGINALES DEL RIO URUGUAY (Al N. de San Javier)

(FOTO JORGE CHEBATAROFF)

FUTURO PARQUE



Una vista parcial de la concurrencia en el momento en que se pronuncian los discursos al tomar posesión el Partido del prediq que ocupará el Parque José Batlle y Ordoñez.

A una sugestiva ceremonia de elevada y fina calidad espiritual, dió lugar el acto de entrega a las autoridades del Partido Colorado Batllista, de los campos en que se erigirá el "Parque José Batlle y Ordoñez", en homenaje a quien hizo posible la materialización de esa importante carretera, orgullo de nuestra vialidad, que es la que conduce a la ciudad de Colonia.

Ofrenda de los batllistas de Colonia al Partido, el parque futuro se levantará co-



El público apiñado bajo la arboleda, oyendo los discursos.



Llegada de contingentes montevideanos a Colonia, para asistir al acto de homenaje.



Parte del público concurren... dirigiéndose al lugar en q...



Vista general del campo en que se erigirá el Parque Batlle y Ordoñez.

BATLLE Y ORDOÑEZ



mo un monumento de sugerente belleza natural, al demócrata.

La idea fué concebida y auspiciada por don Rogelio C. Dufour, correligionario talentoso y dinámico. Y desde el domingo en que el predio fué entregado al Comité Ejecutivo Nacional, se levanta junto al kilómetro 122 de la carretera nacional esa permanente símbolo de la gratitud ciudadana a Batlle.



El señor Dufour, gestor del homenaje, colocando la piedra fundamental del futuro Parque.



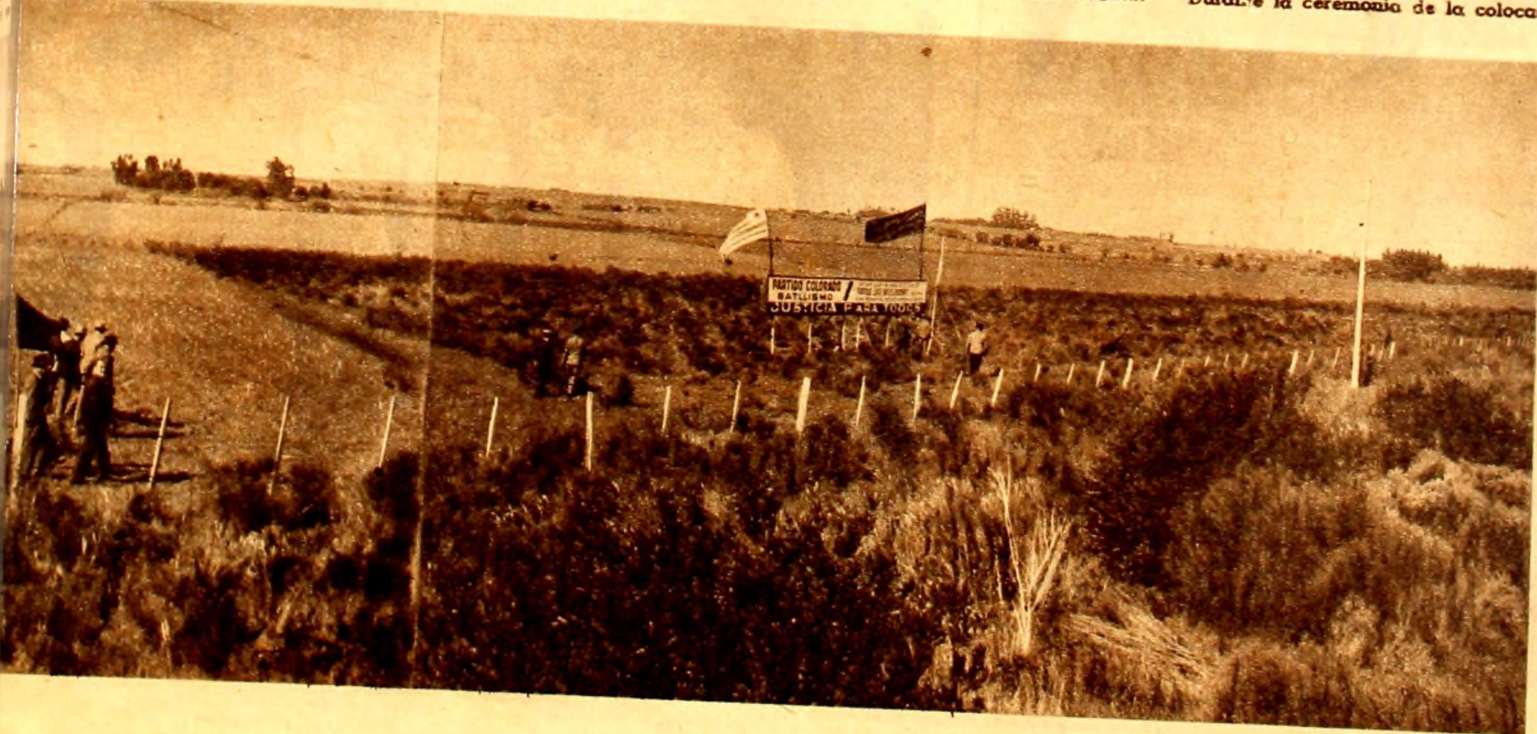
se efectuó la ceremonia de entrega del futuro Parque.



El señor Dufour rodeado de las integrantes del Comité Nacional Femenino Batllista.



Durante la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental.



ESGRIMA FEMENINA EN LA E.R.A.D.Y.A.



En un intervalo del ensayo, conversan con el profesor R. Galeano a través de cuyas clases aprenden estas simpáticas aspirantes de la E. R. A. D. Y. A.

REPETIDAS circunstancias han contribuido a prestigiar la gestión que desarrolla la E.R.A.D.Y.A. (Escuela República Argentina Deportes y Arte), pues a sus espectáculos de cultura general agregó un ritmo deportivo muy feliz, iniciado en agradables contiendas de vo ley ball, basket ball, atletismo y amenos rasgos coreográficos a través de programa adecuado.

El entusiasmo, las directrices ordenadas de la institución, hace años vienen propendiendo a la educación femenina, aumentando sus adictos en forma considerable.

Continúa E.R.A.D.Y.A. su obra. En estos momentos sus alumnas aprenden los movimientos fundamentales de la esgrima, en prácticas frecuentes, realizadas en el gimnasio de la Universidad, con la dirección del profesor R. Galeano.

Abordan el florete, por ser el arma más dúctil, que permite desplegar la destreza y elegancia, en virtud de su peso no tan acentuado como la espada y el sable.

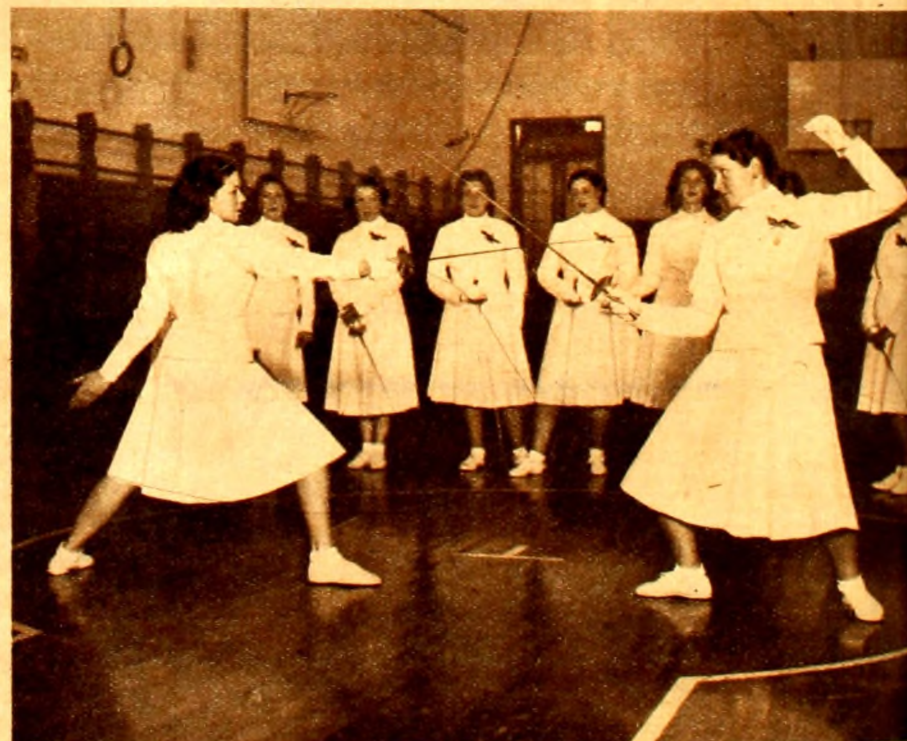
Las dificultades, en el sentido de colocar las estocadas, resultan muy grandes, pues su "blanco" se reduce al tórax, simplemente. Es, desde luego, un pequeño perímetro vulnerable. Pero la vista y la habilidad de las damas en dirigir sus flechas a sitio aún más menudo, inspiran inquietud acerca de la orientación certera que impondrán al florete, que constituye el aspecto clásico para la esgrima femenina.

Si esas clases son encauzadas con esmero, y se consigue interpretar con inteligencia el propósito de esta nueva y simpática actividad de la ERADYA., la exhibición que se efectuará muy en breve significará verdadera nota de belleza.

La enseñanza del sistema elemental de ataque y defensa corresponde desarrollarla según estilos de fina arrogancia, acerca de los cuales la escuela del campeón R. Servetti Revello brinda características que es menester tener muy en cuenta y que el actual maestro de la E.R.A.D.Y.A. aprovecha a fin de presentar un núcleo esgrimístico que impresione por su acción cautelosa y a la vez armónica en sus líneas y movimientos.



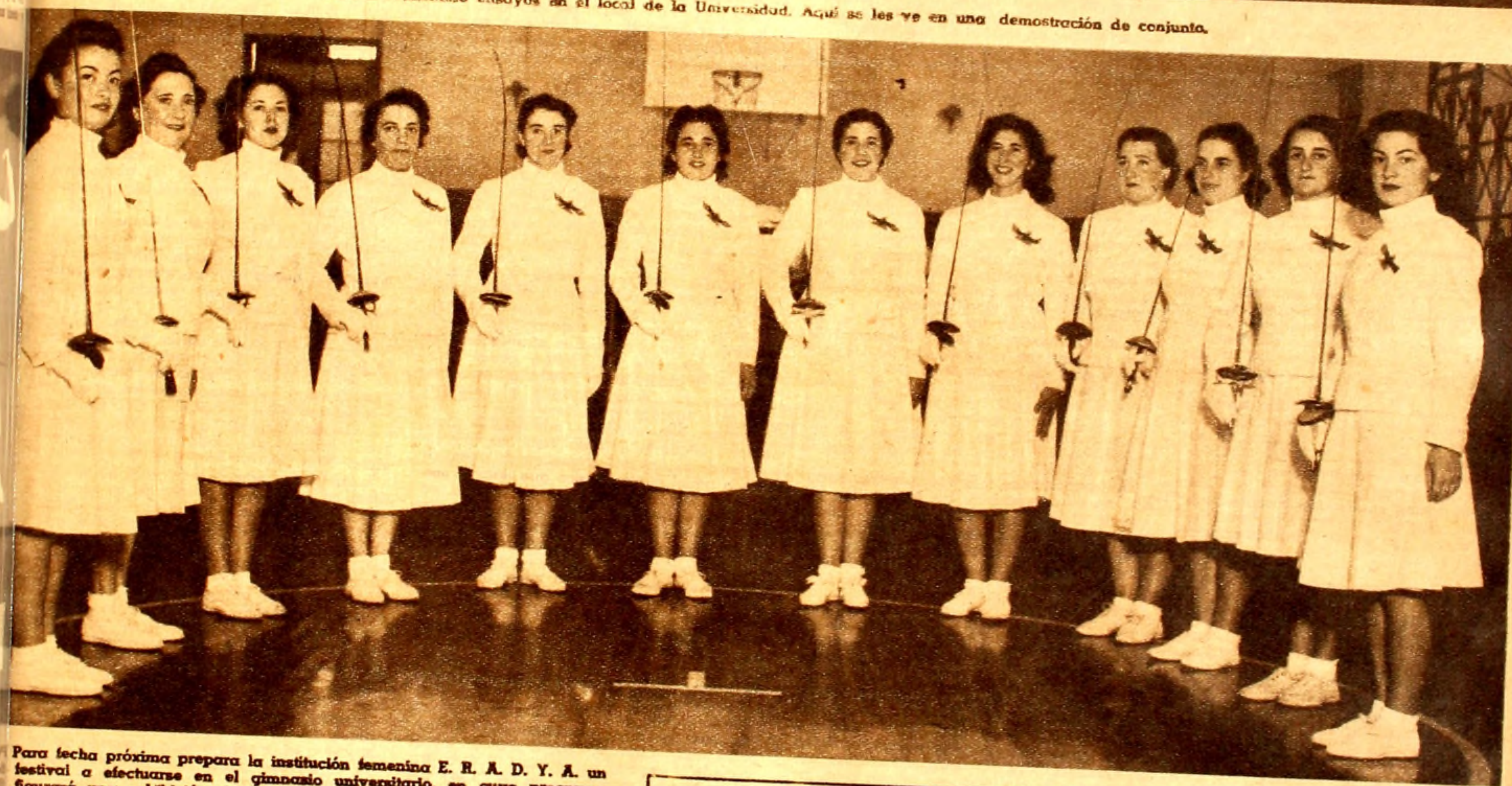
Primeras intentonas, en el manejo del florete, que es el sistema adecuado en esgrima para damas; en el frente las Srtas. C. Repetto y P. Davies.



Los prolegómenos de un asalto entre las Srtas. D. Fernández y P. Davies; sus compañeras atienden.



Vienen realizando ensayos en el local de la Universidad. Aquí se les ve en una demostración de conjunto.



Para fecha próxima prepara la institución femenina E. R. A. D. Y. A. un festival a efectuarse en el gimnasio universitario, en cuyo programa figurará una exhibición de esgrima, — que significa nota original en el ambiente, — a cargo de las deportistas Olga Santini, Elena H. de Ferrando, Diver F[illegible]nández, María B. de Cabral, Peggy Davies, Griselda R. de Pereyra, Carmen Repetto, Lilí Spagnolo, María Dominoni, María Suchanek, Ro[illegible] Pinto e Isolina Peluffo, que aparecen en la fotografía de izquierda a derecha.



Breve circulación oportuna, una vez que la clase ha terminado.

MENSAJE SOBRE LUISA LUISI



GABRIELA MISTRAL.

DIBUJO DE AGUERRE.

EN una Escuela de Río, Enrique Fabregat me dió de golpe la noticia: Luisa Luisi había muerto cuando yo venía en el mar, como quien dice rumbo a su encuentro. Me quedé sin entender, abolido el pensamiento por la frase anunciadora de la muerte, que ya debería haberme aprendido, tantas veces me la tiraron a mitad del pecho. Pero el pecho no aprende la catapulta ni la sien se acostumbra a la flecha. Al pasar con la muchedumbre de niños a la sala de actos, quise contarles, con una ingenuidad de criatura, mi duelo sabido allí en su propio casa, y los hice rezar conmigo por la Maestra de Las Piedras, que deletreó en voz alta el alfabeto para otros niños, les enseñó el mapa de la América como una cosa viva, y coreó con ellos los versos universales.

Luisa Luisi fué mucho más para mí que una escritora amiga, fué una de las fuerzas espirituales de la América. La muerte de un ser tan vital, a quien muchas veces me arrimé como a un fogón poderoso, tenía que dejarme así, balbuceando con la torpeza de un niño: "¿Es verdad? ¿Pero es verdad?" Yo no quería saberme, de hoy en adelante, mucho más pobre y mucho más sola.

Sin embargo, la había dejado bastante enferma en Montevideo y sabía desde diez años atrás que le fallaba el cuerpo de sus luchas, aquel vigoroso mástil físico que vió el mar Atlántico y miraron pasar los Parques de Montevideo. Pero saber todo esto no me agrietaba su imagen corporal: tantas resistencias ocultas, tantos recursos inefables hay en los seres y particularmente en ella.

Luisa fué una poetisa admirable, una profesora ilustre y uno de los mayores críticos literarios de la América. Pero era mucho más y rebalsa de cada uno de esos apelativos. No hay que quedarse en uno u otro nombre para honrarla ni meterla en la alacena pequeña de las clasificaciones, según se hace con los que fueron meros profesores, meros críticos y meros poetas.

Había en Luisa una hornaza de temperamento racial vuelto pasión humana, es decir, aplicada a todos los asuntos capitales del ser. Pudo quedarse en la poesía y servirla de modo contínuo, a fin de dejar una obra poética vasta. Pudo también rebanarse la poesía, que daña en la carrera docente y escribir sobre métodos, con mira a crearse un nombre pedagógico universal. O sencillamente, pudo ser el biógrafo de la literatura uruguaya, al lado del maestro Zum Felde y dar toda anchura a su enorme capacidad de juzgar. Los textos literarios eran para ella transparentes como la paja en el hielo.

Nada de eso quiso adoptar con carácter de exclusividad su corazonazo que la llevaba y la traía en un ajetreo hirviente de un lote al otro de la desgracia terrestre, sin establecerse en ningún reino amojamado, y tachando en su vida la palabra "estada" o "reposo".

Su naturaleza rica y calurosa le hizo mal a ella y bien a todos los demás. Nos hemos quedado cada uno con jirones de su labor en las manos. ¿Quién no debe algo a tamaña generosidad, un estudio, una información, un consejo lúcido, un poema profundo de los que sobrepasan la mísera poesía melódica de los mirlos silbadores?

Sería cosa de hacer el recuento, citando a sus amigos, y así sabríamos la realidad de esa vida locamente fértil. En vez de anotarle los tres o cuatro libros que le sabemos, descubriríamos que trabajó dando el rendimiento de varios escritores juntos de su generación.

Algo quiero decir sobre el capítulo de su poesía. La popularidad, que siempre es cosa un poco relajadora, no adoptó para si los poemas de Luisa. Había en ellos un repecho intelectual que el pueblo rehusa hacer; — eran esas unas bayas duras y austeras que la masa alejó prefiriendo a ellas lo frutal, pero también lo fácil. En todo caso era grande esa poesía heroica que su dueña aplicó a la vida interna.

Americana mayor fué Luisa Luisi, en su atención minuciosa al haber intelectual de estos pueblos; en la búsqueda de los materiales para un conocimiento real del Continente; en su biblioteca, donde no faltaba un sólo libro criollo que sea fundamental y en su cultura americana, que era un organismo vivo, en vez de cargazón bibliográfica de los profesores picapedreros de erudición inútil.

Su apartamento, que veo mientras escribo, me pareció una de las más bellas casas de libros que conozco, todo él caluroso como la dueña, sin vicio ni mezquindad de espacio, claro panal de la gran abeja obrera que se murió amasando cera y miel para un presente ácido y un futuro que no había de ver.

Fuí a esa casa en busca del trato de Luisa, que me era particularmente querido, y en demanda de algunos libros serviciales. Le gustaba ayudar a cuanta criatura se allegaba a esa casa-taller, poniendo también en esto una subida pasión de servir que le venía de su sangre italiana y de su patria humanísima. Su conversación me fascinaba, en los asuntos literarios, por el orden y la claridad; me retenía a su lado oírla hablar con una intuición fulgurante de las virtudes permanentes y de las cualidades temporales de las obras americanas y europeas. Todo lo que puede saber, por experiencia y por instinto, una gaviota acerca de los vientos y los colores del mar y todo el conocimiento que la luz puede tener de la vida o de la muerte en los seres que ella posee, Luisa Luisi lo sabía de la literatura universal y su juicio iba siempre más allá de lo que da la cultura a secas, volviéndose operación vital. Por su doble "utillage" de ciencia y de ardor, de experiencia y de adivinación, había en ella un crítico hecho y derecho y en especial un crítico de poesía.

La frase **desasosiego** creador es la que viene a la boca al recordar sus cartas. Esta fiebre constante se la daba su apetito de mejorar tal institución, o de defender tal doctrina uruguaya que veía en peligro, o de ensayar algo que faltaba en esa Patria, destinada según ella a la perfección social y nada menos que a eso, a través del régimen democrático.

Es muy probable que yo, más que los uruguayos, conozca la hornaza de su patriotismo y me doy por feliz de estar viva para dar testimonio de este asunto, que importa mucho esclarecer. Luisa creía en una misión específicamente democrática del Uruguay en la América, en un destino personal que él tendría a este respecto, al que no debía renunciar nunca. Puso, pues, su juventud a este trabajo duro de desbrozar la tierra un poco feudal todavía y de avanzar los cultivos íncipientes. Como era prodigiosamente lúcida, vió que la democracia lisa y llana, servida por un equipo de hombres de primer orden, dejaba pronto atrás su colección de reformas y corría el riesgo de otras: el de perder su sabor y su eficacia, como los alimentos masticados que se vuelven un bolo inocuo. Entonces se adentró en el socialismo, a su manera, que no era la frígida de la técnica marxista, sino que se parecía al estilo de las usinas, donde las cifras gobiernan las máquinas, pero muy asociadas con el fuego. Leyó, discernió, viajó mentalmente por las Patrias socialistas y sabía de ellas más de lo que alcanzan quienes van a Europa a estudiar y hacer informes, con grandes dietas fiscales...

Luisa pensaría poco después, que no era tan grande el contenido material del socialismo como para quedarse en él toda la vida. Se parecía según ella, a las vetas de tiro corto, que comienzan con un fogonazo de resplandor y se agotan a los cien metros. Uruguay, con otro equipo de líderes, que también la comprendía, agotó el socialismo parlamentario, casi sin tragedia: tal es la capacidad de realizar quemando las etapas, que posee ese pueblo, fenómeno político entre los nuestros.

Entonces Luisa probó la gran tentación; echó sus ojos hacia el Noreste, en busca de la famosa "aurora boreal" rusa que se predicaba a las gentes como melliza del advenimiento cristiano.

Luisa tenía ya 50 años, pero su vida pura le había guardado las fuerzas de la juventud. Resbaló hacia el comunismo, pero siempre por esas pendientes blandas de la emotividad, amadas de las mujeres, y que al final se rehusan a volverse al acantilado trágico de la Revolución; resbaló Luisa esos lomajes cristianos de la piedad extrema que se llaman a sí mismos, política evangélica, y que nunca alcanzan a ser una ideología de cantos cuadrados. Estoy contando lo que me conozco por Luisa y por mí misma, aunque yo no haya hecho hasta su remate la excursión novedosa por estos suelos que lindan con el latifundio fiscal del Sr. Stalin.

Y aquí mi noticia se oscura, y se malogra a causa de la indecisión de los datos. ¿Llegó Luisa a ser una marxista cenital, es decir, madura y consumada? No me lo confesó, ni me lo negó. Ella atravesaba esa extraña zona de los límites, como León Blum o Waldo Frank y ella misma, por honrada, no podía contestar al respecto con una palabra rotunda.

Alguna vez, en Chile, andando la Cordillera, llegué al famoso lugar de la "división de las aguas" argentino-chilenas tocando aquel punto mágico que llaman **una frontera**. No había tal espinazo andino, no existía tal divorcio de cumbres. Aquello era un hermoso caos antojadizo de alturas y descensos y en la ceguera de las nubes inmediatas lo que aparecía era un inmenso difumino. Muchas veces he vivido la misma experiencia con las fronteras ideológicas, y sobre todo con las religiosas. Pero me he rehusado a quedarme allí, por una terca voluntad que me hace antipático lo vago y me hace aborrecer lo que hay de ladino en la niebla y en las doctrinas sin contorno.

Trato a esta gran muerta con el afilado tino que me dicta la veneración. No importa nada aquí el "hasta dónde" ni el "cuándo"; importa el "cómo". ¿Cómo era el socialismo extremoso de la Luisa del año 40?

Yo pretendo saber que era el de los intelectuales y no el de los políticos. El de Michelet hace 50 años, el de Romain Rolland, después, vale decir, el de un francés que no soltó nunca las prendas de la idea de patria y el de otro francés que ha acabado con el viaje a Canosa, al ver la catástrofe burgo-comunista de su país.

La última carta que tuve de Luisa, comenzada ya la guerra, me faculta de sobra a decir lo que digo, en la tribulación que ella traía y que nada tiene que hacer con el regocijo marxista que veo y oigo en todos lados de la América por el trance de vida y muerte en que están las democracias liberales.

Dejemos a un lado, siquiera en esta hora de su cuerpo tibio, la reyerta y también la discusión que encrespa el alma.

Que no se asusten los burgueses de hacer demasiado por la memoria de Luisa Luisi, que los ultra-ortodoxos stalinistas tampoco le regateen el aprecio, porque no celebró la negra aventura de Finlandia, y que los creyentes no huelan azufre en el aire al oír el nombre de la llamada agnóstica. Los últimos oigan lo que tengo que decirles.

Cuando volví a encontrarme con Luisa Luisi, después de 15 años, saltó para mi una buena nueva de su boca. Creía ahora, creía, por fin; había dejado penetrar en ella ciertos rayos orientales, buenos para



LUISA LUISI.

probarle el enriquecimiento de la vida por la creencia. Me sonreí hallando una gran fotografía de Krisnamurti sobre su escritorio, y como siempre nos dijimos la verdad incluyendo los ácidos de ésta, recuerdo que le dije:

—¿Y por qué Krisnamurti y su receta pequeña en vez de los Upanidas que son la grande? ¿Por qué esta especie de agua de azahar, si tiene Ud. a su alcance a los clásicos hindúes, dueños de los odres del vino milenario?

Y ella, con su inalterable claridad mental, me contestó:

—Ud., Gabriela, debería alegrarse, porque en la escritura **sensible** de Krisnamurti hay algunas filtraciones cristianas y de ella podía yo pasar a sus Evangelios. Los Uspanidas puros, me llevarían, en cambio, mucho más lejos, y tal vez no volviese del viaje, aunque Ud. haya ido y vuelto...

Luisa estaba bastante mudada, como consecuencia de su reconciliación con lo religioso; cierta sequía que por algún tiempo hubo en su vida interna, se había humedecido con aquellos grandes rocíos de la meditación que refrescan a los abrasados y que repueblan el vergel del alma, cuando él empieza a ralear.

No, nadie debe hurtarse al homenaje de Luisa Luisi, uruguaya de categoría, causa de orgullo para esa Banda Oriental cuya índole está hecha de puro espíritu, y gran señora, en el sentido más afilado que tiene esta palabra **"señorío"**.

La discusión en torno de Luisa habrá cesado. El famoso "sol de los muertos" sirve para disipar las cataratas de la ceguera, pero también el vaho de malignidad pequeña que en nuestros pueblos se exhala constantemente sobre el individuo cuya superioridad molesta, a causa del espolonazo cotidiano que aplica a la pereza común.

La propia muerte de Luisa dice no sé qué amor de los dioses por ella. Se ha ido antes de que viese la vergüenza extendida sobre Europa, que fué el Continente que la formó y antes de que su cara se arrebolase del bochorno que estamos mirando ahora mismo en nuestras mejillas.

Acaso le ha ahorrado también el Dios Padre vigilante ver a los criollos locos acarrear hacia la América —¡con qué diligencia!— la operación carnicera del Viejo Mundo y ella no verá sangrientas las arenas del Sur y no oirá los discursos embusteros con los cuales quieren convencer al pueblo inocente y grandullón los demagogos de los dos frentes, para echarlo de bruces a la entrega monda y oronda de todo lo nuestro: costumbre, instituciones y dulzura de vivir.

El incendio de Europa, que camina con lenguas de fuego por sobre la marea Atlántica, me enrojece mis ojos sobre la página que escribo y me arden los lagrimales a esta hora, cuando deberían sólo llorar a su Luisa muerta. Ella recibió la gracia de morir a tiempo, de irse entera y limpia, antes de la división en que vamos a entrar por gracia de Caribdis y Scilla, y en la cual los hermanos ya no querrán reconocer a la madre una, a la América Raquel, de la que venimos y que es nuestro único deber.

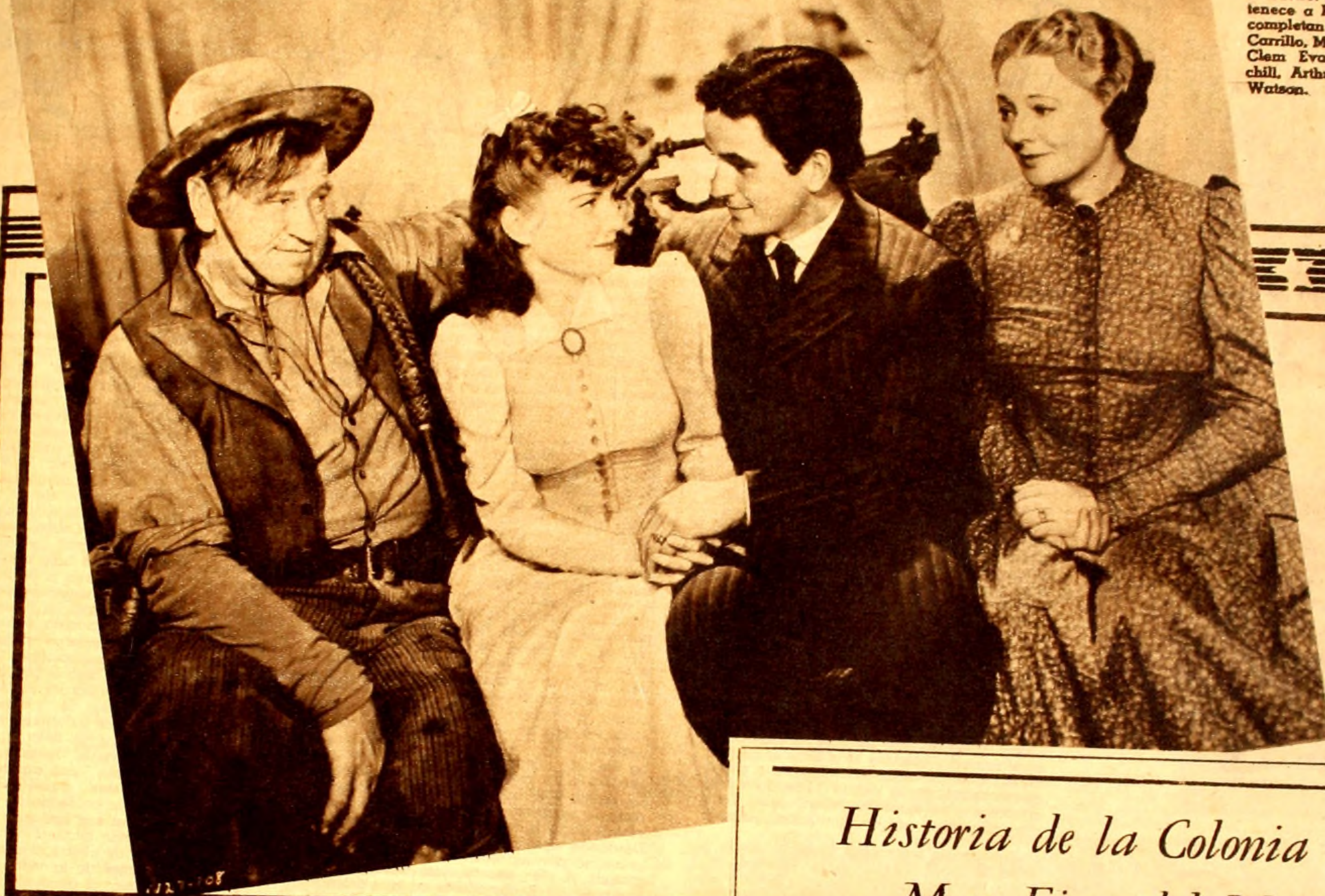
Vele ella, la gran desvelada, la gran señora alerta, y suelte sobre nosotros algunas de sus anchas intuiciones, a fin de atajarnos. Al cabo está en el reino de la Unidad y ya sabe para siempre lo que nosotros, embriagados de pluralidad, no queremos aprender, duros de cerviz y turbios de confusión.

La que fué hermana, seamos ahora un poco madre y nos haga mirarnos cara a cara y en silencio, un momento, antes de que nos echemos en la pelea. Un rato, nada más, de los ojos puestos en los ojos, una pausa de mirada fija, y el nombre de ella en la boca. Hagamos esto, amigos míos, ustedes desde allá, yo desde Brasil, hagámoslo en gracia del amor de Luisa Luisi.

Gabriela MISTRAL.

Río de Janeiro, 1940.

CINE



PUÑO DE HIERRO

Un nuevo film dramático del Oeste, con el popular actor Wallace Beery se exhibe actualmente en cine Metro. La dirección pertenece a Richard Thorpe y completan el reparto Leo Carrillo, Marjorie Rambeau, Clem Evans, Bertn Churchill, Arthur Hohl y Minor Watson.

JULIA O EL GENIO LATINO



Es el 18 de abril de 1845. Circula por Roma la noticia de que unos obreros lombardos, excavando tierra a lo largo de la Vía Appia, encontraron un sarcófago romano, que llevaba estas palabras grabadas en el blanco mármol: "Julia, hija de Claudio".

Levantada la tapa, se vió una virgen de quince a dieciséis años, cuya belleza, por el efecto de ungüentos desconocidos, o por algún arte mágico, brillaba con deslumbrante frescura. Con sus largos cabellos rubios, extendidos sobre los blancos hombros, sonreía en su sueño.

Una turba de romanos, muda de entusiasmo, levantó el marmóreo lecho de Julia y lo condujo al Capitolio, donde el pueblo, en larga procesión, fué a admirar la inefable belleza de la virgen romana.

Quedaron silenciosos, contemplándola durante mucho tiempo, porque su forma — dicen los historiadores — era mil veces más admirable que la de las mujeres que vivían en su época. En fin, la ciudad quedó tan vivamente emocionada por este espectáculo que el papa Inocencio, temiendo que un culto pagano e impuro naciera sobre el cuerpo sonriente de Julia, la hizo sacar de noche furtivamente y sepultar en secreto; pero el pueblo romano no perdió jamás el recuerdo de la belleza antigua que había pasado ante sus ojos.

He aquí el eterno milagro del genio latino. Despierta, y repentinamente el pensamiento humano despierta con él; las almas son liberadas, la ciencia y la belleza surgen. Digo el genio latino, digo los pueblos latinos y no digo las razas latinas, porque la idea de raza no es con frecuencia más que una visión del orgullo y del error y porque la civilización helénica y romana, como la nueva Jerusalén, ha visto venir hacia ella, de todas partes, hijos que no había llevado en su seno.

Y es su gloria ganar el universo.

El genio latino brilla sobre el mundo. En vano los poderes tenebrosos quisieran sumergirlo de nuevo en la tumba: crea todos los días mayor cantidad de libertad, de ciencia, de belleza y prepara una justicia más justa y mejores leyes.

Latinos de ambos mundos, debemos estar orgullosos de nuestra herencia común. Pero sepamos compartirla con el universo entero; sepamos que la belleza antigua, la eterna Helena, más augusta, más casta de rapto en rapto, tiene por destino darse a seductores extranjeros y concebir en todas las razas, bajo todos los climas, nuevos Euforiones, cada vez más sabios y más bellos.

Anatole FRANCE.



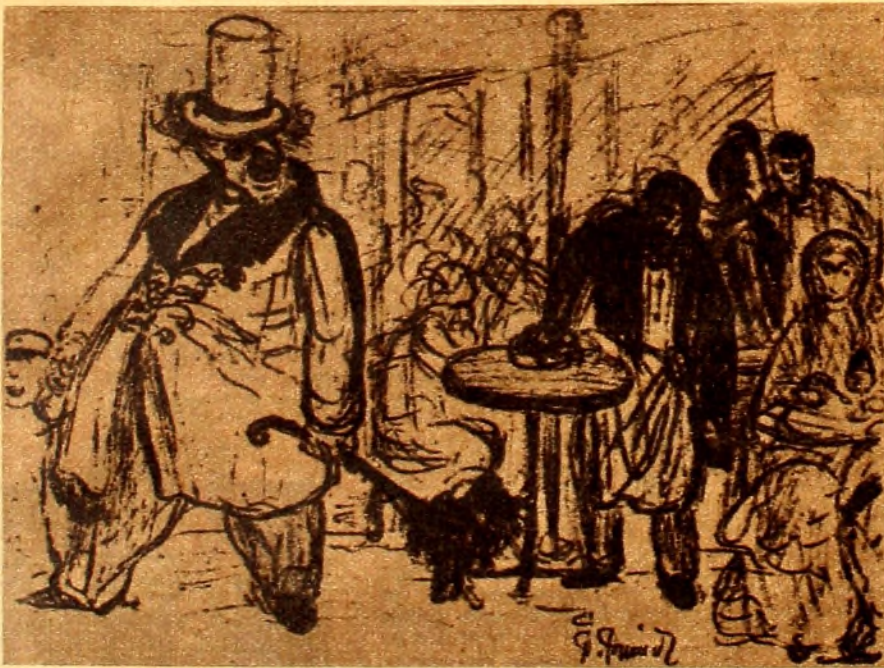




PUVIS DE CHAVANNES Y



HUYAMOS de este mundo al otro, decía Platón. Mas no se vea en ello un deliberado tender hacia el mundo de ultratumba. El Hades siempre fué para los griegos un motivo de angustia. Frente a él se desvanece un poco el dogma de la serenidad. No se avenían a despojarse de su envoltura mortal para seguir viviendo en la sombra que salía de su cuerpo destinada a vagar perpetuamente en la pradera de Asfodelos. La musa trágica nos lo dice en algunas de sus personificaciones: un temblor punzante los estremece cuando del trasmundo en que habitan proyectan sus recuerdos a la existencia que dejaron. A quienes le ven allí conservar sus propias jerarquías entre sombras confusas, manifiestan que prefieren ser los últimos entre los vivos a ser los primeros entre los muertos. La fuga platónica no va referida a tales quebrantos. No es una invitación a la muerte; es una exhortación que nos remonta a la esfera de las ideas puras. En la dialéctica de Platón, fugarse de este mundo al otro significa reducir la multiplicidad del fenómeno a la unidad del concepto, el mundo sensible al mundo inteligible, las cosas al "logos". En divergencia con esta actividad pensante existen otras fugas, determinadas por una incapacidad en sí mismo. ¿Acertará Max Scheler cuando afirma que "El alma está siempre a punto de marchar hacia la lejanía"? Las vidas más armoniosas no eluden un desacuerdo. Todo acto afirmativo supone limitación. Afirmar algo implica negar algo. ¿Qué significa oponerse a la realidad objetiva y admitir la imagen que ella presenta a nuestro espíritu? ¿Y cómo definir el afán que nos empuja fuera de nosotros? He aquí el dilema: huir de la realidad circunstante para estar vueltos hacia nosotros, o huir de nosotros para sumergirnos en cuanto se da fuera de nuestro yo, y evitar a nuestra alma la angustia de contemplarse a sí misma. Esta, que es desazón parcial en algunos, es fiebre constante en otros. También puede ser modalidad colectiva, propia de todo un pueblo. En una de sus conferencias recientes, el Conde de Keiserlyng dijo que los norteamericanos huían ante sí mismos. Según el filósofo de Darmstadt, determina esa fuga la escasa o nula vida espiritual de los yanquis. Es una explicación. La verdad es que todos, más o menos, experimentamos esa inquietud, por la cual sorprendemos a veces a cuantos nos rodean. No obedecen a otras causas nuestras contradicciones. Hemos seguido una dirección, la única lógica— normal, dicen otros—; de súbito nos detenemos, nos creamos un "bivio", y allí torcemos hacia la derecha en lugar de proseguir, conforme lo habíamos practicado "toda la vida". ¡Toda la vida! He aquí hallada la razón íntima de lo contradictorio. "Toda la vida" es todo lo que ha limitado nuestro vivir, constreñidos por circunstancias creadas por nosotros mismos. De pronto algo íntimo nos previene que el ritmo se modifica. Percibimos otro mundo, y vamos hacia él renovándonos en el tránsito. De donde también puede el hombre huir de sí mismo por una gran riqueza de vida espiritual. A esta especie van adscriptos los hombres del Renacimiento cuya existencia ha sido una fuga constante hacia todas las fronteras del espíritu. Es claro que al cabo de ella siempre acaban por hallarse a sí mismos. Ribot apoya una teoría arriesgada al considerar algunas obras de arte como válvulas de seguridad que eximen al artista de traducir en actos reales no pocas ideaciones temibles. A esto llama el psicólogo citado una "desviación". Desviación providencial, pues deteniendo al artista en los umbrales de la culpa, preserva a la sociedad de plagas mayores. Tal el caso de algunas figuras del Renacimiento, citadas entre los ejemplares más nobles de la humanidad. También se vió en ellos al arquetipo del "dilettante". ¡Todo sea por Dios!, como dijo el suave conformista.



Cierto día— venturoso, sin duda— hizo D. Miguel de Unamuno un descubrimiento feliz: descubrió que algunos hombres andan con la cabeza debajo del brazo. La posición es cómoda y fácil, porque aligera al paciente de ese adminículo pensante, que otros — los ingenuos— cargan sobre los hombros. Al mismo D. Miguel de Unamuno se debe esta clasificación: "El mundo intelectual se divide en dos clases: "dilettantes" de un lado y pedantes de otro". Y el que quiera picar que pique.

El dramatismo de estas "desviaciones" es de otra índole. Nace en el espíritu y se resuelve en él. No "puede ser" sino "eso", una intuición que se concreta en la expresión como valor estético. El cambio es reposo muchas veces. Es "huir de sí mismo" parcialmente, como estado transitorio, para hallarse de nuevo en su propia estabilidad. Nada tiene que ver con esto la pretensa falta de energía de los vasos motores, ni los estados mórbidos, ni las fluctuaciones del carácter. Huir deliberadamente de sí mismo supone, en último término, tomar conciencia de nuestro yo; sentirlo vivo y activo en grado tan eminente, que se proyecta fuera de sí porque desborda en fuerza expansiva. Acéptese o no, esta teoría vale, por lo menos, tanto como su contraria.

Veamos ahora en qué circunstancias huyen de sí mismos y pasan de un mundo a otro dos ejemplares ilustres. ¿Ha pensado alguien en un Puvis de Chavannes y en un Gustave Doré caricaturista? Yo no oculté mi sorpresa cuando los vi bajo este aspecto inesperado. Me explicaba a Doré mientras concedía a su lápiz el asueto de algunos caprichos; pero no concebía un Puvis de Chavannes juguetón y humorista, entretenido en objetivar episodios risueños y tipos extraños, cuando no personificaciones de un grotesco monstruoso. ¿Cómo y por qué fueron caricaturistas el glorificador de Santa Genoveva y el ilustrador de la Biblia? Divergen las circunstancias exteriores y con ellas los motivos psicológicos determinantes. En Gustavo Doré actúa un "resentimiento"; en Puvis de Chavannes, una ausencia, para eludir el resentimiento. Aquél se pone dentro de la atmósfera caldeada de sus temas; éste se abstrae en sus ficciones y elude la realidad del mundo circunstante. Puvis llevaba exigencias de abstracción a los episodios más inocentes de la vida doméstica. Véase un ejemplo. El decorador de la Sorbona era contertulio de los cónyuges Philippe Gille. Pasaba la velada con ellos jugando a la lotería... La suma arriesgada en esta distracción casera ascendía a diez céntimos. Estos partidos constituían para Puvis de Chavannes verdaderas aventuras. Más aún: se concentraba en ellos con la misma dedicación que lo exigía una de sus grandes composiciones pictóricas. Si por acaso ocurríale a la señora Gille pronunciar algunas frases, el pintor suplicaba: "Por favor, Jeanne, no converse usted, o si no, aguardemos a que termine usted la conversación para jugar luego". Conforme al lenguaje de Max Scheler, ¿no es esto estar "vuelto interiormente" a otra cosa, así sea ello la cinquina de una lotería sin mayores trascendencias? Véase ahora un detalle humorístico. Cuando la suerte le era propicia, manifestaba una alegría infantil al reclamar los diez céntimos apostados. "Vite— decía—, apportez-moi, mon "gainguinet". Véase cómo huía de sí mismo el místico evocador de "Le pauvre pecheur" y de "L'Inspiration Chrétienne". El hombre grave, cuya norma mental se resuelve en los temas que van de "Ludus pro Patria" a "Le Bois sacré cher aux arts et aux Muses" y mejor aún, a las evocaciones del Panteón, busca y halla su alma de niño en las naderías de juegos inocentes, y porque es sincero, los busca con la misma gravedad con que las almas infantiles per-

















USTAVO DORE, CARICATURISTAS

ían los personajes de sus propias fic-
n.

de esta ingenuidad se halla en el humor de sus caricaturas. ¿Cómo se eron ellas? Rodea a la mayor parte ircunstancia de clasificación difícil. O ácil, según se mire. Muchas de ellas bujó mientras sesionaba el jurado de lones famosos. Puvis de Chavannes ecía a él, pero no era entre sus ca- as hombre de autoridad suficiente. Se nsideraba un voto, nada más. Su arte ecía de valores, pero... En este "pero" ativo hallaban los fundamentos nece- para desoír sus juicios y desechar sus siones. Luego era Puvis de Chavannes pechoso. Allí donde los demás des- n una transgresión a las "reglas es- das", él veía la cualidad de una afir- innovadora. Este vocablo era por sí na blasfemia. Tras él venía la repul- on ella la deliberación contraria. En- , mientras los arcontes de la gloria re- haciendo caso omiso de su presen- cansado de discutir, se alejaba un del grupo representativo y dejaba co- lápiz sobre una hoja de papel y de sí mismo", alejándose a la vez "de os". Y reía así, en el capricho de sus ones, que para ser libres, en el senti- s absoluto del vocablo, no aluden a concreto, ya sean consideradas como s, ya como retratos. Allí van unidos y didos lo cómico y lo grotesco, el dibu- bio" y el apunte ingenuo. Allí el epi- de humorismo logrado y, como con- la composición macrabra, no muy ible en la totalidad de su obra. Com- nes como "Boeuf boucher" se distin- aislan más que por su tono excep- por su disonancia contradictoria. boucher" no es, desde luego, una de buen gusto. De igual modo sor- en Puvis de Chavannes el satanis- otro dibujo— sin título éste—. Es un uo velludo, de cara espectral, cuyas y pies semejan garras. Ríe y danza, añándose de un instrumento de cuer- mado por el cuerpo de una mujer. Son aisladas, ya se ha dicho, pese a otra : "Un marinero norteamericano prue- revólver en los transeuntes y lo halla ", según reza la leyenda. Predominan bujos humorísticos, breves unos, resu- en pocas líneas expresivas, más he- otros, pero no menos ligeros y espon- . Los que proceden del taller del ar- stán realizados a "gouache" o realza- n algunos toques de lápiz rojo. Todos cen al capricho de la imaginación; en se advierte el libre juego de la fan- Constituyen por excelencia el testi- reiterado de un espíritu inquieto que ona en breves trazos espirituales las imágenes de sus fugas al reino de la y del regocijo.

caricaturas de Gustavo Doré fueron das en Versalles durante la Comuna re abril y mayo—. Se publicaron en el 907 con el título "Versailles et París, en . El álbum, incluído ya entre las curio- es editoriales, trae una sumaria nota explicativa de Mme. L. Bruyére, fechada en Versailles el 8 de febrero de 1877, y un breve prólogo de M. Gabriel Hanotaux. Los dibujos están dedicados a Mme. Bruyére, en recuerdo de una hospitalidad afectuosa, compartida allí con la madre del dibujante famoso. En realidad, fué el suyo un destierro. Francia vivía las horas más difíciles de una doble tragedia. Por momentos hubiérase dicho que vengaba en sus propios hijos las sucesivas derrotas de una guerra sin alternativas. El ejército vencido, el emperador prisionero; Francia invadida, la capital sitiaca. Al flagelo sufrido por el ejército se unían las miserias y el hambre que parecieron enloquecer al pueblo. Y esto abrió una herida más a la Francia desangrada. Las armas no se volvían ahora contra el prusiano invasor. Ahora era Francia vuelta contra sí misma. Era la revolución, París contra Versalles, los fusilamientos sumarios, las matanzas colectivas, el crimen doblemente bárbaro, porque tras de ser fratricida se consumaba bajo la mirada burlona del prusiano vencedor. "¡Ah, la France n'était pas belle, allors!" No, en verdad.

Los dibujos de Gustavo Doré nacieron en "esa" Francia, en la tregua que va de un estremecimiento a otro. Versalles era un refugio. Allí se había establecido la Asamblea que debía firmar la paz, por resolución del 10 de marzo. Ocho días después estalló la guerra civil. Thiers, popular por haber aconsejado no romper las hostilidades con Prusia, era el hombre del momento. El voto de veintiséis departamentos le nombró jefe del Poder Ejecutivo. Había firmado con Bismarck los preliminares de la paz, anhelada por la mayoría. Cuando estalla la revolución iniciada con el fusilamiento de los generales Lecomte y Thomas, Thiers no intenta resistirla en París. Se traslada a Versalles. Con él van el Gobierno y las tropas. De ese modo deja el campo libre a los insurrectos y abandona incluso los fuertes. La "Comuna" toma entonces la ofensiva y desde el primer envío de tropas "federales" sobre Versalles — 3 de abril — hasta el último combate del cementerio de "Pére - Lachaise", 28 de mayo, París sufrió un segundo asedio, asistió a los episodios inenarrables de la "semana sangrienta" y vió el Sena correr entre dos muros de fuego, cuando los "communards" enloquecidos por la derrota, entregaron París a las llamas.

Bajo tales impresiones, dibujó Gustavo Doré sus caricaturas. Las dibujó de noche, rodeado de sus amigos, mientras se oía el cañoneo de Mont - Valerie y de Montretout, dirigido contra París. París era la "Comuna", así como Versalles era la Asamblea. Aquí estaban los conservadores; allí los subversivos. En esos momentos, unos y otros personificaban el fracaso de lo que se ha dado en llamar "el culto de la frase", consecuencia de un doble romanticismo individual y social. Las frases grandilocuentes y las posturas teatrales. El lápiz y la pluma de Gustavo Doré se detuvieron en el comentario de algunos "tipos" que podríamos denominar sintéticos.

A lo largo de estas caricaturas no es posible identificar a personajes determinados. Su objeto es darnos una interpretación burlesca del ambite moral, así tenga que valerse de rasgos mordaces cuando no grotescos. Una leyenda acompaña a veces sus dibujos. La letra completa el espíritu de la línea y entonces parece que ella se animara con el mordiente corrosivo de una intención implacable. Está fuera de duda: el fácil éxito de lo cómico reside en que siempre se ría uno "contra" alguien. Pero no todo reír es regocijado. Junto a quien ríe con alegría hay quien ríe con tristeza. La burla dirigida al "espíritu" de la asamblea no puede confundirse con un estallido de hilaridad. ¿Y qué decir de los soldados vistos a través de la "Comuna"? Hay buen humor en algunos. La sátira sólo vuélvese hacia los "hombres de camisa roja". Son los voluntarios de Garibaldi. ¿Por qué iba a ser el dibujante menos hiriente con ellos? Allí están, puestos en la picota, como los representantes de la cámara, como la magistratura, como la "Comuna", con la aureola sobre el gorro frigio, ésta armada no sólo con el fusil, sino también como un matarife. Esa es la personificación de la "Comuna", enorme, grotesca, rechoncha, cuyos pechos desmesurados caen sobre la innobleza de su vientre adiposo.

Así huía de sí mismo Gustavo Doré, el alsaciano.

José León PAGANO.



DIEZ DIBUJOS DE PUVIS DE CHAVANNES



DIEZ DIBUJOS DE GUSTAVO DORE











JUAN JACOBO ROUSSEAU

ENTRE los literatos, moralistas y filósofos del siglo XVIII que tanta luz esparcieron sobre una sociedad que se aproximaba a su fin, Rousseau ocupa, en buena ley, un lugar aparte de todos ellos. En nada se asemeja a los demás. Surje de lo más hondo de la humanidad, vive al margen de ella, y ejerce una enorme influencia sobre ella.

El ha sido, "el hombre que gimió sobre las miserias del pueblo por haberlas conocido y sufridó en carne propia".

Este rasgo dominante, no tiene entonces ningún paralelo entre la gente de letras.

Rousseau sale del pueblo y queda pueblo.

Es hijo de un relojero de Ginebra, donde nace el 28 de junio de 1712. Su madre, sobrina de un modesto pastor protestante, muere al darle la vida. El relojero, que es también profesor de danzas, algo suelto de espiritu, pasa por extravagante. La esposa, no del todo juiciosa, había dado que hablar en la austera Ginebra de Calvino.

Juan-Jacobo no conoció nunca, pues, la suave disciplina del hogar, y menos aún ejemplos de vida regular. El padre, gran lector de novelas de todas clases, y las mejores no eran probablemente muy edificantes, las leía en voz alta al chico de siete años, pensando quizás educarle en edad temprana... Apenas tenía diez años, cuando el extraordinario pedagogo tuvo que huir de la ciudad para evitar ser apresado, a raíz de una pelea con un conciudadano.

Ya sin familia, es recogido por el pastor Lombercier quien le enseña algo de lo poco que sabe. "La letra con sangre entra". Ese método brutal y convincente era aplicado magistralmente por la hermana del pastor. Juan-Jacobo recibió pues instrucción y palizas. No estaba del todo mal. Un tío materno lo colocó apresuradamente en el estudio de un procurador, quien decidió, sin mayor perspicacia que el mocito era burro y lo sería toda su vida. Un oficio manual solo le podía convenir: entró en el taller del grabador Ducommun. El aprendiz era poco diestro y menos asiduo. Apasionado por la lectura, devoraba los libros de una biblioteca pública. El patrón, juzgando que desperdiciaba así el tiempo consagrado al buril, le propinó palizas más brutales que las de la señorita Lambercier.

Se escapa del taller y fuga de Ginebra. Tiene dieciseis años. Empieza su vida errante; vaga por las campiñas, se emborracha de libertad solitaria. Tan mal armado y sin dinero no se va muy lejos. Un cura lo alberga poco tiempo y lo recomienda a la señora de Warens, joven valdense, ayer protestante y casada; hoy católica y sin marido, pensionada por el rey de Sardeña, inteligente, linda, intrigante, especializada en conversiones religiosas, sin rigores y ascetismo.

Juan-Jacobo ha relatado ese primer y encantador encuentro en Saboya:

"Por fin llego y veo a Madame de Warens... ¡Qué sorpresa deslumbrante! Pensaba encontrar una vieja y rezongona devota. Bien al contrario, veo una carita llena de gracia, hermosos ojos azules llenos de dulzura, de inmediato me sentí su prosélito, no pudiendo dudar un instante que una religión predicada por tales misioneras llevaba directa y seguramente al paraíso".

Pero, por tan accesible que fuera, el paraíso personal de la dama, estaba momentáneamente vedado a un colegial "rabonero".

Madame de Warens lo mandó a Torino, a un extraordinario hospicio de catecúmenos, donde, en pocas semanas, el mocito obtuvo el común favor de repudiar las doctrinas de Calvino, y de convertirse a la religión católica, apostólica y romana. Recibió el bautismo, veinte francos, y la libertad de vagabundear otra vez por ciudades y campos.

Su abjuración durará poco tiempo, pero más que los veinte francos. Entonces vive como puede; apasionado por la música, frecuenta las iglesias que tienen coros afamados y organistas de renombre. Entre los conciertos sagrados y gratuitos, gana unas monedas con su inhábil buril de grabador o como lacayo indócil y atrevido. Estuvo en casa del abate de Gouvon quien, seducido por su vivaz inteligencia, le enseñó el italiano y el latín con la idea de encontrar en él un secretario de valor y confianza, capaz de ayudarle en su carrera diplomática.

La vida sedentaria lo aburre; no puede someterse a ningún trabajo preciso y ordenado. Sacrifica alegremene toda esperanza de forjarse un porvenir brillante, para volver a las premuras del andariego sempiterno. ¡Ama tanto a la naturaleza! A pie, anda al azar de los caminos, recorre sin previo itinerario las comarcas de Italia y del sur de Francia, un poco mendigo, un poco histrión.

Cuando demasiado cansado y hambriento no puede seguir andando, se refugia en la casa de Madame de Warens, donde encuentra siempre una tierna acogida. La joven señora tiene un corazón hospitalario, intima con ese muchachón raro, independiente, inteligente, ya instruído, receptivo a toda enseñanza, y ella es una educadora nata, sin prejuicios de ninguna clase. El la llama "mamá" y ella "hijito". Su amor todavía materno, impone a Juan-Jacobo una estada en el seminario de los lazaristas donde termina el estudio del latín y empieza el de la música.

Madame de Warens amaba la música y daba conciertos. Bajo una tutela tan sonriente, Juan-Jacobo hizo tales y rápidos progresos que, muy pronto, pudo enseñar a su vez. Sus amigos de Chambery le proporcionaban discípulas y discípulos. Durante dos o tres años, el joven maestro lleva una vida apacible, dedicada al estudio de la física y de la botánica. Tiene veintiún años, trabaja con ahinco al azar de sus curiosidades. Estudia sin plan, lee todo lo que encuentra. Rousseau es, sin duda, lo que hoy se llama un poco despectivamente un autodidacta. Sueña y medita, pide a la observación directa lo que los libros no le enseñan. La naturaleza es su gran maestro.

Contempla, admira y ama. La rica experiencia de Mme. de Warens, ahora su amante, le permite ahondar lo aprendido y adivinar lo ignorado, su intuición hace lo demás.

Ha imaginado un método de notación de la música por cifras. Cree haber realizado algo nuevo, original y trascendente. Solo París puede proporcionarle gloria y fortuna. Presenta su invento a la Academia de las Ciencias que lo rechaza por impracticable. Su gran sueño se desvanece. Un padre jesuíta lo presenta a algunas damas de la aristocracia; gracias a su protección es nombrado secretario del embajador de Francia en Venecia. No pudiendo congeniar con el diplomático vuelve a París, desilusionado y sin dinero. Ha compuesto una ópera, **"La Musas galantes"** que se representa en casa de un financiero, Señor de la Popeliniere. No es por cierto un éxito, pero este ensayo le permite conocer a Mme. d'Epinay, quien por unos años lo protegerá. En los salones de la culta dama, conoció a los filósofos, sobre todo a Diderot.

Rousseau, hijo de la naturaleza, un tanto huraño y bien pronto misántropo, no se siente muy dueño de sí en la vida mundana donde tiene que actuar si quiere escapar al aislamiento, y forzar la atención de los poderosos de la Sociedad y de las Letras. Para tolerar lo que considera como una insoportable esclavitud, se refugia en una unión vulgar y estúpida: se casa con una sirvienta totalmente ignorante, que nunca pudo leer correctamente, ni siquiera descifrar las horas en ningún reloj.

El hombre del pueblo que tanto anhela educarlo y levantarlo en el orden social, que ya condena, y será su más eficiente demoledor, ata su destino de pensador y filósofo, de poeta emotivo, cantor del sentimiento-fuerza, a la mujer más bajamente pueblo. De ese desconcertante, absurdo y desgraciado matrimonio, nacieron cinco hijos, los cuales fueron abandonados al asilo con tal despreocupación que, nunca Juan-Jacobo pudo, según lo pretendió, encontrarlos.

El más elocuente deificador de la naturaleza, el que más la comprendió y la amó con una sensibilidad algo morbosa, pretendió que todas las desgracias del ser humano provenían de su torcido rumbo hacia la vida artificial, engañosa, de una falsa civilización. El hombre natural, el primitivo es el hombre que según él, conoció la dicha de vivir sin las trabas de un estado social deprimente, agobiador, aniquilador de toda personalidad moral y libre.

Rousseau fundará, por decirlo así, su filosofía sobre la afirmación perentoria, más que científica, de que "el hombre nace libre, bueno y dichoso; pero la Sociedad lo pervierte, lo vuelve miserable". Ese postulado antojadizo, esa afirmación rotunda, cobra, determina por su sencillez accesible, un valor revolucionario, un potencial demoledor de primer orden. Si el estado social autoritario, personificado por la realeza ya decrépita y agobiante, es la causa primaria de la esclavitud y desgracia del hombre, pues que salten los tronos. La desaparición de los tiranos de toda especie, solo puede liberar políticamente a las masas dolientes, despojadas de toda libertad.

En su **"Discurso sobre la desigualdad"**, Rousseau afirmaba rotundamente:

"El primero que se atrevió a cercar un terreno, diciendo **esto es mío**, y encontró gente lo suficientemente crédula y ciega para admitirlo, fué el verdadero fundador de la sociedad civil..."

El mal social proviene, según él, de la propiedad basada sobre el atrevimiento brutal, la fuerza conquistadora. La salvación estaba pues en emprender una marcha retrógrada de la pretendida civilización, hasta volver a encontrar de nuevo el estado natural y primitivo existente ante las odiosas barreras artificiales y abusivas, impuestas por la maldad de unos cientos contra la pasividad de los demás.

Si bien Montesquieu era tan atrevido como Rousseau al predicar la igualdad absoluta, su voz no tuvo nunca, fuera del reducido ambiente intelectual de la época, la resonancia universal de las palabras del ginebrino.

Los Filósofos de la Enciclopedia se acomodaban a las instituciones existentes, a pesar de combatirlas. El solitario Rousseau, rebelde nato, violentaba las conciencias filosóficas con sus apasionadas paradojas.

Voltaire, el irónico Voltaire, la emprendió contra Juan-Jacobo lanzándole sus más aceradas flechas. Le escribió: "He recibido su libro (el Discurso sobre la desigualdad) en contra del género humano; muchas gracias. Gustaréis a los hombres por las verdades que les dirigís, pero no los podréis corregir... Nunca se ha empleado tanto ingenio para hacernos volver más cerca de las bestias; al leerlo, nos vuelve la gana de caminar en cuatro patas. Pero como hace más de sesenta años que he perdido esa costumbre, siento desgraciadamente que me es imposible volver a ella y dejo a los que son más dignos que Ud. y yo, de volver a ese natural andar".

La ruptura entre los dos filósofos fué completa, y no era para menos.

Pero con la publicación de su **"Nueva Heloisa"**, su **"Emilio o de la Educación"**, **"El Contrato Social"**, las persecuciones de toda clase agobiaron al autor al punto de llevarlo muy cerca de la locura.

El extraño solitario, enfermo, maniático, extravagante, hipocondríaco, conoció todas las amarguras, las traiciones que su estado mental exageraba o imaginaba, pero nadie como él ejerció sobre sus semejantes una influencia tan honda y decisiva. Sus libros a pesar de ser condenados por la autoridad, prohibidos y quemados por orden real, circulaban en fraude. El mismo los copiaba para sus ricos admiradores que lo defendieron y lo albergaron, no sin riesgos. Copiaba música para hacerse de dinero. Vivía con poco, recluído voluntariamente, y escondido a veces, para poder seguir escribiendo, andariego maldito como lo [...] en su juventud azarosa.

El filósofo de Ginebra fué y es aún ho[...] día, el más leído de todos los de la pléya[...] de de su tiempo. Su gran fuerza y su [...] nombre no vino por cierto solo de sus ide[...] que, a distancia, no nos aparecen muy or[...] ginales. Sus dotes literarias fueron sus m[...] preciados valores. Su estilo tan person[...] conmovió y conmueve a las almas.

"Rousseau, decía Madame de Stael, [...] ha descubierto nada, pero lo ha encendid[...] todo. Hizo una impresión prodigiosa por [...] novedad y la magia de su estilo".

Juan-Jacobo es un imaginativo y hab[...] como tal; su prosa abundante, llena de im[...] genes poéticas, describe la naturaleza, est[...] impregnada de ella, la hace sensible a t[...] das las almas, seduce y embriaga. Su [...] en la bondad humana, enternece, cautiv[...] subyuga, se impone a los más excéptico[...] Su elocuencia armoniosa se apodera de l[...] corazones de sus contemporáneos. "En aqu[...] momento, se dijo, el público estaba cans[...] do de burlas y sarcasmos. Almas insatisf[...] chas, se retiraban de las religiones, asp[...] raban a un nuevo **Credo** que les diera un[...] nueva dirección para su propia vida; [...] predicación de Rousseau les apareció com[...] viniendo de un nuevo profeta, de un san[...] to. Fué el hombre necesario a una nuev[...] humanidad. Su muerte dejó inconsolables [...] muchos".

"¡Oh Rousseau, escribió Madame d[...] Stael, cuanto hubiese sido dulce el hace[...] te amar la vida!"

"Las Confesiones" fueron publicadas de[...] pués de su muerte e hicieron una impre[...] sión que se prolonga aún. Ningún lector d[...] hoy, puede dejar de sentir su encanto, am[...] y sufrir su acento de verdad, su apasi[...] nado grito de liberación. Había escrit[...] "Quiero mostrar a mis semejantes a u[...] hombre en toda la verdad de su natural[...] za, y yo seré este hombre".

"El Contrato Social" y las **"Confesiones[...]** fueron los libros de cabecera de todos lo[...] hombres de la Revosución. En ellos quie[...] nes más, quienes menos, se inspiraron d[...] sus ideas; pero todos se empaparon de s[...] elocuencia. Las tribunas revolucionarias re[...] sonaron de sus aforismos y sentencias. Lo[...] oradores de la Convencón, "la gran Con[...] vención" como la llamó Víctor Hugo, lla[...] maron a Rousseau "el protector del géne[...] ro humano". "El contrato social" fué [...] evangelio de todos los "gigantes" de l[...] Asamblea. Robespierre era el hijo espiritua[...] de Juan-Jacobo; fiel a sus preceptos quis[...] instaurar la religión del Ser Supremo.

Rousseau murió en 1778, como su ene[...] migo Voltaire.

En una ceremonia triunfal los restos d[...] Rousseau fueron llevados al Panteón na[...] cional el 11 de octubre de 1794. El sabi[...] Lakanal, diputado, había propuesto qu[...] una gran fiesta nacional fuera ordenada [...] la gloria del "hombre de la Naturaleza [...] de la Verdad".

Jules BERTRAND.



Juan Jacobo Rousseau, en 1766.

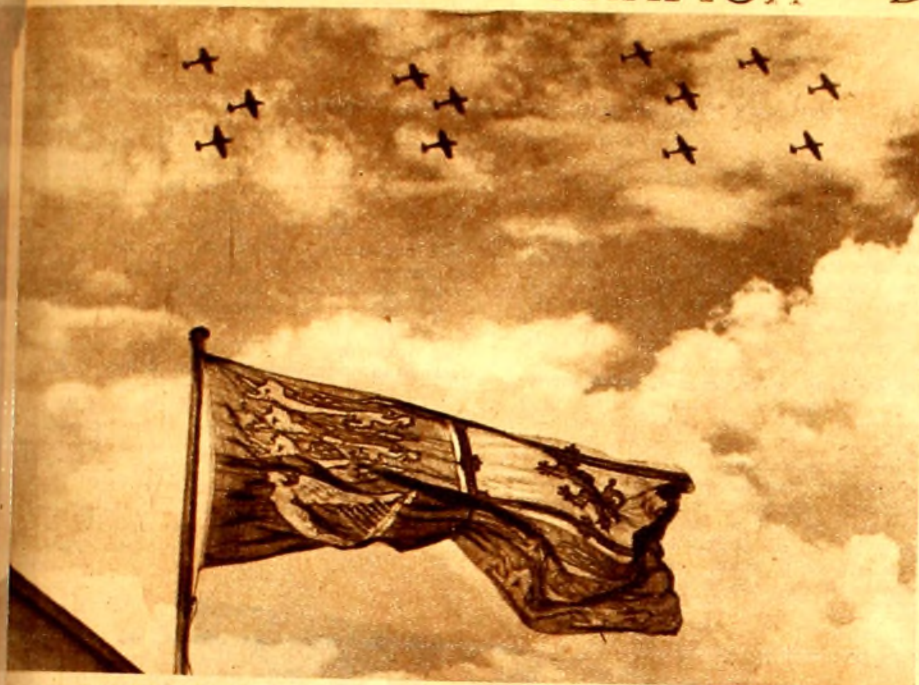
PARA DISIMULAR LAS CANAS

El mejor método de disimular las primeras canas, no es teñirlas sino al contrario, dar al cabello un color claro sobre el cual pasan desapercibidas.

En París, las mujeres que empiezan a tener canas, jamás las tiñen de oscuro o castaño. Se aplican en casa con toda comodidad la manzanilla verum, durante 3 días y de ese modo el cabello toma un hermoso color rubio. Las canas son muy visibles en las personas de pelo negro o castaño, pero evidentemente dejarán de verse cuando el cabello haya tomado el hermoso color rubio que da la manzanilla verum.

Esta loción se encuentra ya preparada en todas las farmacias del país.

INFORMACION GRAFICA DE LA GUERRA



SIMBOLICA FOTOGRAFIA tomada durante la visita efectuada por el Rey Jorge a una estación de las Reales Fuerzas Aéreas. Una formación de bombarderos británicos al iniciar su vuelo para efectuar un raid sobre Alemania.



TROPAS DE DESEMBARCO de un buque inglés, alineadas para ser revistadas.



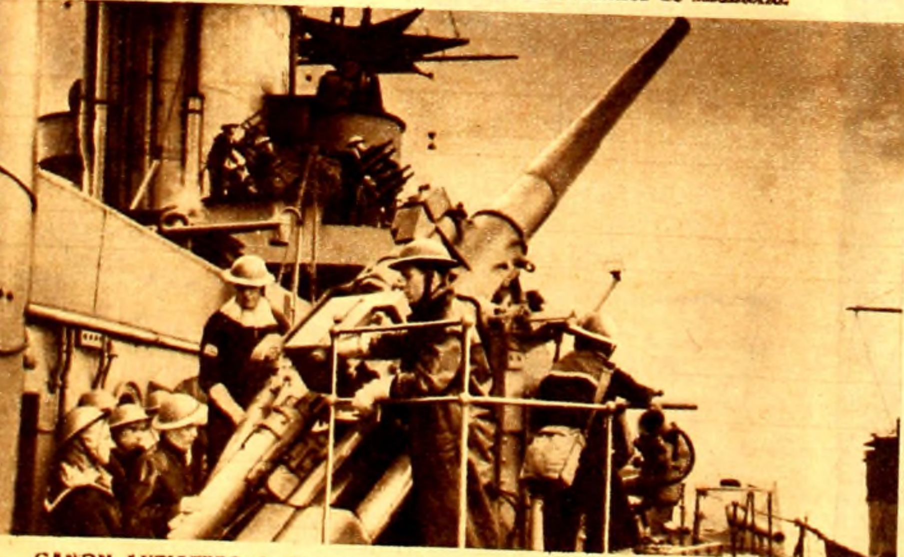
PILOTO BRITANICO de uno de los escuadrones establecidos en Egipto, revisando su carga de bombas antes de emprender el vuelo.



UNIDADES DE MOTOCICLETAS. Miembros de una unidad de motocicletas de G. Bretaña, haciendo ejercicios.



LA LEGION ARABE. — Entre las tropas que se encuentran en Transjordania esta la Legión Arabe, que cuenta con unidades de infantería, caballería, y la llamada patrulla del desierto. La foto muestra una de las secciones de infantería.



CANON ANTIAEREO de los que se utilizan a bordo de las naves inglesas.

ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA DE PANAMA



Estatua de Balboa, con bella vista al mar.

El primer descubridor de las costas del istmo de Panamá fué Rodrigo Bastidas, quien las recorrió en 1501, desde el cabo Tiburón hasta la bahía de Portobelo. Pero quien descubrió la mayor parte de estas costas fué Cristóbal Colón en su cuarto y último viaje, el año de 1502, mientras buscaba en vano el estrecho que, según conjeturas, debía dar paso para comunicar a Europa con Oceanía y las Indias orientales. Después de doblar el cabo Gracias a Dios, arribó a la bahía del Almirante el 14 de setiembre de dicho año, región denominada Zorobaró, y en la cual halló muestras de oro fino. Los naturales de allí aseguraron que dicho metal se sacaba de ciertos lugares situados al E., uno de los cuales nombraron Veragua.

La antigua Panamá era una ciudad de primer orden en América. El escudo de armas que Carlos V le dió consistía en un yugo y un haz de flechas en campo dorado, en la parte superior, y en la inferior dos carabelas navegando y una estrella, con orla de castillos y leones.

En Panamá se hizo el célebre contrato entre Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, en 1525, para el descubrimiento y conquista del Perú. En 1671 se apoderó de ella Morgan, que atravesó el istmo en diez días, desde Chagres, con 1.500 bucaneros, derrotando los piratas a las fuerzas españolas que salieron a atacarlos, dispersando la manada de toros bravos que se había sacado para auxiliar la defensa.

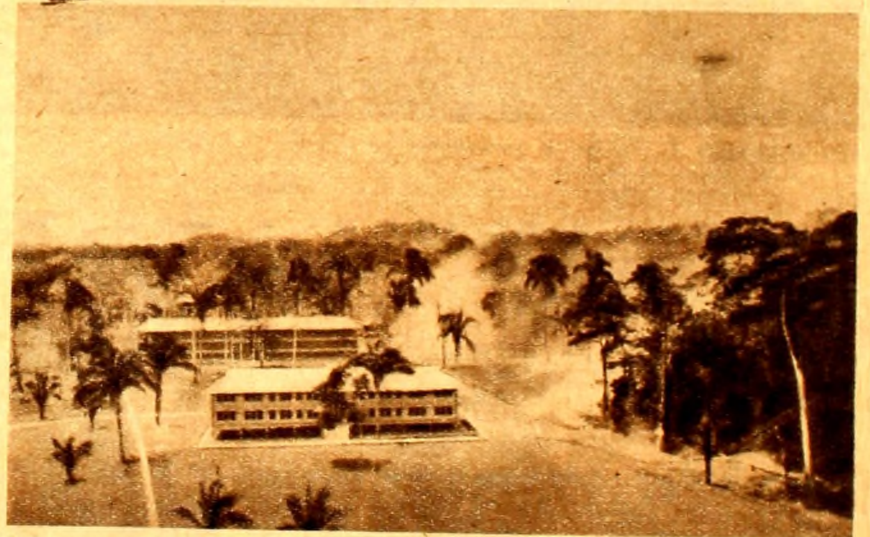
En noviembre de 1821 una Junta general decretó la independencia del Istmo y se unió a la gran Colombia, creándose años más tarde el estado federal de Panamá. En 1903 volvió a producirse un movimiento de emancipación, fomentado por EE. UU. y en noviembre del año 1903 adoptó un acta de Independencia y formó una Junta de gobierno encargada de regir los destinos del país. Se ha cumplido este mes, por lo tanto, un nuevo aniversario de su independencia.



Plaza de la Catedral, Panamá.



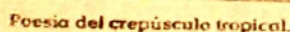
Vista seccional de Puerto Amarelles.

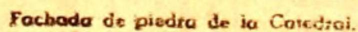


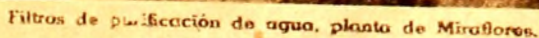
Vista seccional de Puerto Amarelle. — Chiriquí.

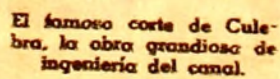


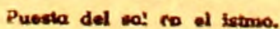
Avenida Central, de Panamá.


Poesía del crepúsculo tropical.


Fachada de piedra de la Catedral.


Filtros de purificación de agua, planta de Miraflores.


El famoso corte de Culebra, la obra grandiosa de ingeniería del canal.


Puesta del sol en el istmo.

MANUEL PEREZ Y CURIS

ERA en el año 1914. En Europa estaban encendidos, como hoy, los fuegos de la guerra. Pero entonces no me preocupaba tanto como ahora la lucha trágica de los pueblos.

Mis veinte años soñaban (¿dónde estarán las cenizas de aquel sueño?) con la conquista literaria del mundo.

Para eso había abandonado mi pueblo y venido a Montevideo, cuyo esplendor me deslumbraba.

Mal pertrechado venía para tal empresa, pero me sobraba coraje, y el bálsamo de la esperanza — más milagroso que el de Fierabrás — no me dejaba sentir el dolor de las heridas.

Solo, según mi costumbre, me presenté un día en la Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento", de Luis y Manuel Pérez y Curis, establecida en la calle 25 de Mayo.

Me interesaba conocer al segundo de los dos hermanos nombrados, de quien había leído un libro (creo que "La Canción de las Crisálidas") y algunas producciones sueltas publicadas en su simpática revista "Apolo".

Mucho me habían hablado de Manuel Pérez y Curis. En general, no se le quería bien en el Montevideo literario de la época.

Se decía que era insufriblemente agresivo, de una egolatría que no toleraba iguales, pronto siempre a encontrar defectos en las obras ajenas y a no admitir que fueran vistos en las suyas. Por eso vivía casi aislado de sus colegas en letras, rumiando su propia amargura. —Te decepcionará cuando lo conozcas, — me vaticinaban.

Mi curiosidad, lejos de abatirse con tales informes, se hizo mayor aún. Su ausencia de las reuniones intelectuales, el olvido real o fingido en que se le tenía, estimulaban mi deseo de conocer a Pérez y Curis.

No me arrepiento de ello. La curiosidad y esa inexplicable simpatía que he sentido siempre por todos los que chocan con el ambiente en que actúan, me hicieron conocer a un escritor de mérito indudable, y, sobre todo, me revelaron a un hombre de gran entereza moral, por el que sentí más tarde un hondo y puro afecto.



Pérez y Curis era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, de mediana estatura, algo miope, de un físico al parecer no muy fuerte y palabra llana y viril.

Lo encontré doblando los pliegos de un libro que se estaba haciendo en su imprenta. Le dije mi nombre y el objeto de mi visita. Sin demostrar agrado ni descontento, me hizo sentar al lado suyo. Se disculpó por tener que seguir trabajando; pero le era fácil y grato (como más tarde pude saberlo) trabajar y conversar a la vez.

—Usted viene — me dijo — a conocer a un escritor y se encuentra con un obrero. En el uno, o en el otro está el hombre, que es lo que realmente interesa. Y ese hombre, que tiene, sin duda, sus defectos, está orgulloso — ¡muy orgulloso! — de no deber nada de lo poco que tiene al favor ni a la falta de dignidad.

—En este país... — dije recordando el famoso artículo de Larra.

—En este país como en cualquier otro. El éxito literario (lo que muchos c funden con la inmortalidad) difícilmente sonríe a los hombres de mi temple. un dios venal, se entrega al mejor postor, al que más se arrastra a sus pies que mejor lo engaña. En las coronas de los triunfadores se ven, más que ro espinas de humillaciones que rebajan la personalidad humana. Hay que sa mirar, naturalmente...

Aquel acento de honrada franqueza, me sedujo. Con absoluta confianza su sinceridad, leí algunas composiciones mías que él deseaba conocer. Las cuchó con atención y luego me dijo (reproduzco f mente los conceptos, no puedo recordar con la mis exactitud las palabras):

—Tiene usted mucho que trabajar. Desconfíe de fácil. Está al principio del viaje y el camino es lar

No era, ciertamente, un elogio; pero la ingenua nidad literaria de mis veinte años no se sintió heri

✦

Llegué a visitar diariamente a Pérez y Curis. trataba con el afecto y la seriedad de un hermano m yor.

Frecuentemente me aconsejaba cómo resolver difíciles situaciones en que me veía.

—¿Por qué no trabaja? — me preguntó cierta v

—Porque no encuentro trabajo, — le contesté.

Sonrió levemente y me dijo:

—Creo que no es del todo verdad.

—Le juro que...

—No jure nada. El hombre debe hacer que le cre sin echar mano de esos recursos. Confieso que me p rece que Ud. en espera del empleo que le han prome do, no hace mucho por la riña.

—Proporcióneme trabajo.

—Con mucho gusto. No hay en la imprenta na que le convenga. En la librería, nos bastamos mi he mano y yo. Pero puedo darle muestrarios de trabaj tipográficos. Recorra la ciudad, y tráiganos clientes tendrá una comisión.

Acepté, y durante algún tiempo aquel corretaje f mi fuente de recursos.

Teníamos todas las mañanas largas conversaci nes. Pérez y Curis fortificó en mí el naciente amor p los clásicos españoles. Con gran generosidad espiritu favoreció la impresión de mi primer libro, publicó "Apolo" colaboraciones mías y me presentó a sus am gos.

En su casa conocí a escritores a quienes luego e timé profundamente, entre ellos a Vicente Medina, noble poeta murciano, y José Alonso y Trelles, "El Vi jo Pancho".

Teníamos opiniones literarias distintas en much casos, pero nunca me hizo sentir el peso de una sup rioridad de información y de análisis que yo era primero en reconocer.

Recuerdo en este instante algo que me parece c gran interés para demostrar cuán equivocados eran l juicios que corrían sobre este hombre.

Al pisar yo, una tarde, los umbrales de la librerí ví salir de ella, con el rostro descompuesto y el pas apresurado, a un conocido escritor.

Entré, y Pérez y Curis, antes de que yo lo interro gara, me informó:

—Lo acabo de echar.

—¿Por qué?

—Es un canalla. El padre, a fuerza de trabajo privaciones, le dió una carrera universitaria. Ha logra do así una posición social, política y hasta literaria (lo títulos, aunque no acortan las orejas, hacen creer e el talento a mucha gente). No es rico, pero vive rodea do de toda clase de comodidades. ¡Y este sinvergüenz — lo supe ayer — se niega a recibir a su padre y prestarle ayuda! Un hombre así (si eso es un hombre no puede ser amigo mío.

✦

No tiene este artículo evocativo ninguna intenció de crítica literaria.

Imposible es, sin embargo, no decir que me parec injusto — de una injusticia que lastima — el silenci que se ha hecho en torno de la vasta obra (poesía cuentos, ensayos, páginas de estética) de Pérez y Curis

Como poeta fué, acaso, un poco frío. Pero hay e sus libros en verso — sobre todo en "El Gesto Contem plativo" — muchas composiciones que por su forma de purada y sobria y por el concepto que encierran, me recen figurar en las mejores antologías.

El más valioso de sus libros en prosa es "El Mar qués de Santillana", obra de rara erudición en un am biente como el nuestro; vasto, acertado y completísimo estudio de la vida y la producción del célebre auto de las "Serranillas".

No se debe olvidar tampoco la "Arquitectura del Verso", digna de ser consultada por los estudiosos.

Pesó sobre este escritor un concepto injusto. Y la injusticia se proyecta más allá de la muerte.

Los círculos literarios lo han olvidado por completo. Lo ignoran las nuevas generaciones.

Públicamente, nada hay que recuerde a Pérez y Curis en este Montevideo de sus luchas y de sus sueños.

Manuel BENAVENTE.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

CAPTURADA



ATRAVESANDO LA PRADERA LOS JINETES GALOPABAN HACIA LA MUCHACHA PIDIENDOLE PERFIDAMENTE QUE LOS ESPERARA; ELLA, SIN SOSPECHAR DETUVO EL CABALLO, PERO CUANDO ESTUVIERON CERCA SACARON SUS REVOLVERS.



VIENDO A SU AMA EN PELIGRO EL KAFIR INTENTÓ DEFENDERLA, PERO LO DERRIBARON DE UN TIRO.



VANGER ESCRIBIÓ UNA NOTA, LA DISPUSO SOBRE EL CABALLO, Y ESPANTÓ A ESTE PARA QUE SE FUERA A LA QUERENCIA.



"USTED SE VIENE CON NOSOTROS Y SI ESTIMA SU VIDA TIENE QUE HACER LO QUE YO DIGO" LE DICE VANGER A MATEA.



CUANDO EL CABALLO LLEGÓ A LAS CASAS TARZÁN Y CARLUS HALLARON LA NOTA.



"LA MUCHACHA NO CORRE PELIGRO SI USTEDES OBEDECEN LAS INSTRUCCIONES QUE LES DARÉ MÁS TARDE."



"¡SECUESTRADA!" EXCLAMÓ GROOT CARLUS; "PROBABLEMENTE OBRA DE VANGER." TARZÁN ASINTIÓ CON LA CABEZA.



ACTO SEGUIDO ESTOS MONTARON A CABALLO Y COMENZARON A SEGUIR LA HUELLA DEL CABALLO QUE HABÍA LLEGADO SIN JINETE A LO DE VAN BOEREN.



RECONOCIERON LOS RASTROS DE LOS FUGITIVOS QUE SE DIRIGÍAN A LA CIUDAD RECIÉN CREADA.



ALLÍ LAS HUELLAS SE CONFUNDÍAN CON OTRAS MUCHAS - TARZÁN PERDIÓ LA PISTA.



PERO VANGER DIVISÓ A SUS ENEMIGOS Y SE LOS SEÑALÓ A UNO DE SUS COMPINCHES.